

OSMAN PEREZ FREIRE

EN EL 20º ANIVERSARIO
DE SU MUERTE
8 Abril 50

El triste privilegio de los años nos permite evocar días lejanos de juventud.

El recuerdo de nuestro gran compositor musical, Osmán Pérez Freire, aparece envuelto en mis añoranzas más gratas.

Le conocí en Buenos Aires, joven, alegre, píetórico de vida, en medio de su fecunda labor, sorprendiéndonos día a día con alguna nueva canción.

La caída del Presidente Belmaceda, obligó a sus padres a abandonar el país y a los diez años, probó el ostracismo en Mendoza, donde pasó algún tiempo antes de trasladarse a Buenos Aires.

Su llegada a la urbe argentina fué un triunfo, pues ya había escrito su Ay Ay Ay que volaba en alas de la fama, y obtuvo el nombramiento de presidente de la Sociedad de Compositores Argentinos.

En ese alto cargo lo conocí. Era en Buenos Aires el más popular de los compositores musicales y mi musa criolla armonizó muy bien con sus armonías de la tierra, en numerosas canciones que recogió el pueblo argentino en sus orquestas populares, en las fanfarrias nocturnas y que vivieron un día en los labios de los canillitas.

Ché Pérez Freire, como lo llamaban cariñosamente, era algo propio del sentimiento argentino, pero él jamás dejó de ser chileno. Su amor a la Patria se sobrepuso a su interés personal. Le hubiera bastado nacionalizarse argentino, para que se le reconocieran sus derechos sobre el Ay, Ay, Ay, inscrito en la Sociedad de Compositores argentinos y en la Sociedad de Compositores franceses, en París, de la cual era miembro. Pero él no aceptó dejar de ser chileno y como en Chile no se reconocía derecho de autor a los extranjeros, fuera de nuestro país no se nos reconocían derechos de autor.

En días en que las relaciones entre Chile y Argentina amenazaban de guerra, Osmán debía tomar parte en una ve-

lada de caridad. Al sentarse al piano, sintió ese ambiente hostil para el chileno e inmediatamente improvisó su cueca "Chile y Argentina" que le ganó una estruendosa ovación y él agradeció con emocionadas palabras en que recordó a O'Higgins y San Martín, a estos dos países hermanos en la raza, en el idioma y en la historia.

Su cueca fué el abrazo musical de dos pueblos.

La musa de Osmán Pérez Freire la siente suya todo América y varios pueblos se disputan el Ay, Ay, Ay, como algo propio.

Esa canción cruzó el mundo cantada por los más grandes tenores, y editores inescrupulosos, por no pagar derechos de autor, la declararon patrimonio universal y han pretendido desconocer a su autor.

Si Osmán Pérez Freire no hubiera escrito más que el Ay, Ay, Ay, cabría la duda, la duda, pero su vasta producción que abarca más de doscientas canciones entre las cuales figuran "El delantal de la china", "La tranque-

ra", "El maldito tango", "El caballo alazán" y tantas otras que en nada desmerecen, junto al Ay, Ay, Ay, alejan toda duda.

Su patriotismo lo atraía a Chile y cuando sus recursos se lo permitían, venía a respirar el aire de su tierra.

Acá escribió conmigo varios himnos y canciones: "La enfermera" que es el himno de la CRUZ ROJA CHILENA; "Gloria Victoria" entonada marcha militar dedicada al Ejército y la Armada, "Himno al soldado español" que llevó a la Exposición de Sevilla y al oírlo el Rey Alfonso XIII, ordenó a las bandas de Palacio que lo aprendieran y lo declaró el himno oficial de la Exposición de Sevilla.

Osmán Pérez Freire recibía la consagración de su arte: invitado a Palacio con su familia, solicitado por todas las reuniones de la nobleza español, escribió su revista "Acuarelas" para una fiesta de caridad y cedió sus derechos que sumaron más de cien mil pesetas a los niños enfermos del Hospital.

Los diarios de Madrid dieron cuenta del rotundo éxito de "Acuarelas" y señalaron el desprendimiento de su autor que no tenía bienes, en favor de los desvalidos.

El Conde de Casa Aguilar lo invitaba a su Palacio; le anunciaban para el día siguiente la recepción en la Real Academia de San Fernando para entregarle su título de miembro de esa alta corporación, y el secretario del Rey le anunciaba la entrega de la condecoración de Alfonso XII, pero no pudo resistir su corazón tantas impresiones.

El corazón lo amenazaba desde niño y le impidió estudiar piano. Su padre murió del corazón, él recibió esa herencia fatal que también le arrebató la vida.

Sus funerales fueron solemnes, el Rey se hizo representar con todo su Ministerio, todas las instituciones artísticas y literarias concurren, una lluvia de flores cayó sobre su ataúd. Esa solemne despedida de todo España al autor del "Ay Ay Ay", contrastó con la recepción de sus restos en Chile.

Miembros de su familia y algunos íntimos amigos lo acompañamos en Santiago hasta su tumba en el Cementerio Calólic; el Ministro de la Guerra representó al Gobierno y una banda militar le dió el adiós eterno ejecutando su "Ay, Ay Ay".

Antonio Orrego Barros.